Francisco Garzón Céspedes

# REALIDADES Y CUENTOS

CUADERNO INÉDITO INCONCLUSO

# Madre en el medio de la vida

Recuerda a su madre cuando algunas noches en la infancia le preguntaba si quería que fuera a buscarle un bocadillo al centro de la ciudad. Una ciudad del interior de una isla en medio del Caribe. Sólo había un lugar posible en el que adquirirlo: la cafetería de un español en la calle principal, a más de ocho o nueve manzanas de donde vivían. Un sitio más bien caro y de cierta exclusividad en una capital de provincia desierta en horarios nocturnos de los años cincuenta, y bastante más desierta por la represión de una dictadura en agonía creciente. Para una familia pobrísima como la suya comprar ese bocadillo era un lujo inadmisible. No sabía cómo su madre ahorraba para que aquel milagro ocurriera de vez en cuando. Lo que lo conmueve más de cincuenta años después no es sólo el amor de su madre, presente: en el ofrecimiento, en el ahorro anterior para hacerlo posible, en el riesgo real de ir por la calle en medio de detenciones indiscriminadas, violaciones brutales y torturas de bestias; sino, también, la certeza de que cuando su madre traía ese bocadillo caliente y oloroso, ardiente entre sus manos, ella seguro tenía tantos o más deseos que él de comerlo pero nunca probaba ni un mordisco (ni a él, qué dolor al recordar, se le ocurría ofrecérselo).

# Voces interiores como ecos

Ella fue determinante cuando él fue invitado a ocupar un cargo directivo en la institución; sin su criterio favorable hubiera sido casi imposible ser elegido. Y es que el poder en el día a día institucional lo ostentaba de manera directa, inmediata, ella, la Secretaria Ejecutiva; no los Subdirectores, y, desde luego, menos el Administrador o los Directores de las Áreas o la Secretaria de la Dirección. En cuanto a la Directora, mujer íntegra, poderosa dentro y fuera, poseía una trayectoria de excepción y ejercía su autoridad con experiencia. La Directora, trazaba con determinación las líneas generales y devenía consultada por su equipo respecto a lo esencial o significativo, aunque la vía para consultarla pasaba por la Secretaria Ejecutiva; y, cierto, al tener otras altas responsabilidades, la Directora no siempre podía ir a la sede ni resultaba demasiado accesible.

La Secretaria Ejecutiva era una mujer en los límites de la corrección, dura y a ratos con ciertas brusquedades, y muy crítica en cuanto al cumplimiento de las normas y de los comportamientos, así como exigente en cuanto a los requerimientos de la imagen pública. Resultaba temida y temidos sus comentarios: tajantes, por afilados y también por certeros.

Él, que, al aceptar la invitación a integrarse a la institución, devino Director de una de las Áreas y colaborador principal de otra, y poco a poco adjunto a la Dirección, más temprano que tarde fue objeto de aquellos comentarios analíticos y cortantes por parte de la Secretaria Ejecutiva: mujer diminuta y austera, no sin un cierto atractivo, cuando menos para él. Presencias críticas frecuentes las de ella que a él terminaron trazándole unos, y llevándolo a modificar otros, rumbos.

Como ejemplos, el que una mañana lo llamó y le dijo: “Debe y tiene usted que revisar sus acciones y elegir. Uno elige a cada paso. Se está obligado a elegir. Ser parte de esta institución requiere no instrumentar determinadas participaciones o presencias dentro, y prescindir de otras fuera. Reduzca las proyecciones de su perfil, intégrelo al máximo a lo colectivo.” Y él, que no había sido inadecuado ni excesivo, y que no era nada dócil, intentó acatar la indicación. Otra mañana lo encontró en el ascensor sin rasurar y le dijo: “En esta institución los hombres: o vienen rasurados o se dejan barba.” Y él, que tendía a ser rebelde, se dejó la barba por años. Otra mañana al cruzarse en un pasillo le dijo: “¿Camisas tan llamativas son las que se compra?”, refiriéndose a una camisa vaquera, blanca, azul y naranja, con botones de nácar que él se había comprado en una rebaja. La respuesta de él, cortante, fue: “El sueldo no me da para mucho más”, pero no volvió a ponerse la camisa para ir a la oficina. Hubo otros señalamientos, no tantos porque él se volvió más analítico y cuidadoso, además de desplegar continuamente sus capacidades de calidad y cantidad al trabajar.

Un día, de pronto, la Secretaria Ejecutiva no estuvo más en la institución. Le descubrieron un voluminoso tumor en el cerebro, del tamaño de un limón, y de urgencia la operaron. Sobrevivió a la operación, pero en la institución explicaron que no podía volver a desempeñar trabajos que le ocasionaran tensiones, y, por tanto, ya no ostentaría cargos ni responsabilidades algunas. A él no se le permitió visitarla en el hospital. La explicación fue que por su estado las visitas se hallaban limitadas. A él lo asombró el que en la institución nunca más se habló de la Secretaria Ejecutiva. No solo como si no existiera, sino como si nunca hubiera existido, ni existido su poder. Un poder que fue repartido, de inmediato, sin pugnas visibles, entre los Subdirectores, y, en mínimos, entre el resto de los miembros del Consejo de Dirección.

Pasaron más de diez años y un día él a ella la encontró por casualidad en la calle. Se saludaron respondiendo a un impulso y tras un segundo de desconcierto. Entonces él se lo dijo:

–No me permitieron ir al hospital tras la operación. Lo sentí mucho. Quiero agradecerle todo lo que aprendí. Los modos en que me influyó. Nunca nos tratamos de tú. Le ruego me lo permita hoy por unos segundos. Quiero que sepas… Quiero agradecerte los modos en que me influiste. A ratos estuve fascinado contigo. Y quiero expresarte mi admiración. Manifestarte, quiero manifestarle mi afecto.

El asombro de ella, su emoción, fueron visibles.

Una mujer sin sus muros, desprotegida y vulnerable, privada de autoridad y de poder, confortada por unas palabras.

Él recordó unos versos suyos: *No he muerto / porque no soy de silencios desolados / sino de palabras fervientes.*

Alrededor la ciudad desapareció y desaparecieron sus ruidos, y quedaron ellos dos, sus voces interiores repitiendo las palabras compartidas, en ese momento y antes, como ecos.

# Una historia capaz de interesar a todos

*“Una historia sobre la ancianidad capaz de interesar a todos, eso me gustaría escribir”*, pensó, para de inmediato tomar conciencia de que las historias protagonizadas por ancianos poco importaban; tal vez porque se intuía soterradamente lo tanto que podrían significar; en cualquier caso, lo que prevalecía era que casi nadie deseaba conocerlas.

*¿Qué es lo correcto? ¿El pacto de silencio en las relaciones cara a cara acerca de la tragedia que es envejecer? ¿Acerca de la tragedia que es morir y evaporarse sin más? ¿Envejecer incluso más que morir?*

Percibía que se podía hablar con los otros de las enfermedades y los padecimientos físicos, eso sí: mejor no demasiado. Que se podía hablar de la enfermedad y de la muerte. De lo que no se podía hablar era del drama en sí de envejecer, de la angustia ante las transformaciones físicas y mentales en negativo; del horror ante la pérdida de capacidades, unas, otras; del rechazo a los cambios físicos: a las arrugas, a las estrías, a las manchas, a la victoria de la flacidez o de las acumulaciones de grasa, al triunfo del desmoronamiento frente a la potenciación de la intensidad.

Cuando tenía menos edad –cincuenta años– propuso a una obra social que lo llamó para contratarle un curso, impartir uno para que ancianas y ancianos aprendieran a contar sus vivencias, uno que centrara sus sesiones en las anécdotas personales de los participantes. El responsable más directo de programarle le señaló despectivamente que lo último que se necesitaba era dar cuerda a los ancianos para que contaran sus “batallitas”, que ya bastante lo iban haciendo sin estímulos. Él se levantó para mandarlo “a la puta mierda” y marcharse pero, pensando que los más

perjudicados iban a ser los ancianos que acudían al centro, se excusó para ir al aseo; cuando regresó había cambiado el modo de plantear la propuesta, convirtiéndola en una de enseñarles a contar cuentos a sus nietas y nietos, que fue aprobada, aunque él terminó enseñándoles a quienes participaron tanto a contar cuentos como a contar anécdotas en las conversaciones, en especial en las familiares, para que recuperaran presencias y valoraciones perdidas.

Recordaba que cuando cumplió los sesenta años fue a comprar un libro a una tienda por departamentos con cafetería incorporada, y lo que debía ser un hilo musical era una música cantada, un pop rock con el volumen muy alto que impedía concentrarse al leer, conversar… Solicitó hablar con el encargado y le pidió que por favor bajaran el volumen. El encargado le respondió que entendía que a él no le gustara ese tipo de música. El subtexto: *"entendía que al anciano que él era…"* Él le señaló que esa música le gustaba desde siempre, pero que tal género y tal volumen correspondían a una sala de fiesta, y que acá, en la tienda, resultaban inadecuados y de mal gusto. Y que se sentía discriminado por la edad, agredido por prejuicios descerebrados. Que o bajaba el volumen o le daba la Hoja de Reclamaciones y, entonces, se quejaría también del comentario ofensivo para su ancianidad.

Por supuesto, nunca volumen alguno fue bajado con mayor rapidez.

No hacía tanto había entrado a desayunar, y tras que casi tuvo que encender un fuego para hacer señales de humo y que lo atendieran, justo cuando fue a hacer su pedido hubo de gritar porque al fondo una taladradora comenzó a funcionar con gran estruendo. Cuando preguntó a la empleada qué era eso, esta lo miro de arriba abajo y le preguntó si tenía problemas con los audífonos: que estaban haciendo una obra. Entonces él la miró de arriba abajo, se compadeció interiormente, y le dijo que con ella no hablaba porque no era la culpable del ruido, solo de la mala educación,

que le buscara al Responsable. La respuesta fue que había salido por un momento, a lo que él, desde la experiencia de sus años, le señaló que mejor le buscara al segundo responsable o terminaban en Comisaría. Una segunda camarera interrumpió para pedirle que por favor esperara un instante, que vendría quien había quedado a cargo. A éste él le explicó que no existía un letrero, a la entrada y a la vista, que advirtiera a los clientes de que se efectuaban obras, por lo que se hallaba en su derecho de no desayunar con tal estruendo de fondo. Y que el ruido cesaba ya o él se ponía a dar voces, lo cual sería el principio de todo lo que iba a desatar en protesta. Excusas del segundo responsable, cese del funcionamiento de la taladradora, y disculpas del responsable al regresar de la calle (“Solo era abrir un hueco para colocar un colgante.”). Él, finalmente encantador: hasta le sonrió y le dejó la propina correspondiente a la maleducada que lo consideró un viejo majadero.

# Dos personas que no diecisiete

La tarde se diluía en la noche como el azúcar en el café, y, necesitado de un descanso antes de volver a otras seis o más horas de trabajo, él se acostó a leer, quizás a dormir una hora… Leía *Licenciado en asesinato*, una novela de Elizabeth George. Del género policiaco. En realidad releía. Cuando compró, antes y después de los cincuenta de edad, todas esas novelas que abarrotaban el salón, supo que debía conservarlas porque al final tendría menos recursos económicos, ya no podría comprar más, y las releería, tal y como estaba sucediendo. Lo que no supo es que las releería con tanto placer y prácticamente sin recordar algo del argumento. De las novelas de Elizabeth George recordaba las características de los personajes principales, lo más determinante de sus trayectorias y de las relaciones que los entrelazaban. Cinco personajes. Recordaba incluso a algunos de los secundarios. Cada novela ampliaba ese universo para él tan distante ubicado en Inglaterra, y del que lo fascinaba la capacidad de Elizabeth George para entregar los sentimientos de cada personaje, para describir las situaciones… Desde luego cada trama policiaca, no recordada, estaba además construida de un modo complejo y lógico, cincelado y portador de una gran capacidad para despertar y mantener la expectación del lector. En un momento de la lectura en que, por la postura en la cama, el libro se le cayó de las manos, al recogerlo percibió que en la última página algo estaba escrito. Creyó que hallaría un poema suyo anotado apresuradamente e inscripto en el olvido. O algo suyo narrativo inacabado. Encontró de su puño y letra un listado con diecinueve nombres. Personas que había formado, iniciado… que en 1997 –año en que compró el libro; éste al ser una edición de bolsillo no lo había adquirido en saldos así que la

fecha en la página legal…– eran seres humanos a los que quería y cercanos colaboradores. Repasó uno a uno los nombres, y de nuevo visualizó cada rostro, cada cuerpo... Más de quince años después, de esas diecinueve personas solo existían dos en su amistad, en su afecto… Solo dos seguían participando, aunque intermitentemente, en sus proyectos, en los planes y acciones…. El listado no era de todas las personas queridas en 1997, no era ni por asomo de todos los participantes, de todos los colaboradores de finales del Siglo… De la totalidad quedaban muchos más, quedaban muy cerca. Pero que de ese listado de diecinueve permanecieran únicamente dos… De esos diecinueve, doce habían traicionado lo mejor de sí al traicionarlo, al traicionar. Y de los otros cinco, unos no habían comprendido y otros habían debilitado la relación hasta desaparecerla. Las dos mujeres que quedaban, una ahora de más de cincuenta y la otra de más de sesenta, eran excepcionales y mucho bueno habían propiciado… Pensó, concluyó que sumaban más valores que las otras diecisiete. Cuando se levantó, y en medio del trabajo terminó a ratos de leer la novela, caviló en cuanto a comentarle a su principal colaborador lo del listado… Y desistió. Sería, tras tal cifra de años juntos: casi dos décadas, añadir dolor y amargura en medio de los tantos esfuerzos inherentes a cada día para poder seguir en medio de la crisis económica. Necesitaban ellos la intensidad, toda la mayor cantidad de energía posible. Se preguntó si su conciencia estaba tranquila; si considerando lo elevado de la cifra de diecinueve, honestamente él tenía la conciencia tranquila. Se respondió que sí. Lo hizo con una objetiva y absoluta convicción. Y recordó que el día anterior, dando un curso a personas mayoritariamente desconocidas, al terminar la sesión, tuvo una sensación de felicidad, de júbilo al comprobar que creía que merecían su confianza, y al sentir que su capacidad de confianza estaba intacta. Miró a lo lejos las nevadas colinas de la sierra madrileña y pensó que, si bien ya la edad no le

permitía escalarlas, sí sentía el mismo bienestar al verlas. Se dispuso a responder a una carta que le solicitaba una bibliografía, pero, un segundo antes de comenzar, arrancó del libro la hoja con el listado y la rompió en pedazos como se rompe lo que no debe ser reconstruido.

# *COLOFÓN:*

# *EL MEJOR MOMENTO DE LA/MI VIDA*

## El agua de río[1]

El hombre, que atesora una gabardina negra y larga, de unos setenta años de edad, ha estado semanas en cama en el hospital y semanas en cama en el piso que comparte, sufriendo y tanto deseando morir pues ha quedado discapacitado físicamente y dependiente; meses después, este domingo, va con tres generosos amigos a un pequeño pueblo en el campo, y luego de comer lo llevan en coche por un camino de tierra que atraviesa un bosque y por donde pasa un río. El coche se detiene cerca de una orilla de piedras y arbustos, y él y uno de los amigos se quedan conversando dentro, en los asientos delanteros, mientras los otros dos: su amigo más querido, de más de cincuenta de edad, y la mujer bajan hasta el río, cada uno por su lado. Es el otoño temprano, la temperatura grata y el agua se ve limpia, transparente, fluyendo. El hombre para no romper su calma interior, en el anhelo del río dadas las dificultades de llegar caminando, descender, subir, se concentra en observar detenidamente los árboles y sus amarillos, ocres y naranjas, con un brazo apoyado en el hueco de la ventanilla bajada y con la mano afuera. De pronto siente un frescor delicioso de agua en la mano y cuando mira ve con asombro que su amigo con sus dos manos como cuenco prodigioso y la bondad como impulso le ha traído, de varios metros más allá, agua para dejarla caer en su piel, en su propia mano donde se



[1] Nota del Autor: Texto ya publicado en mi libro impreso en 2019: *Historia del hombre de la calle* y que he elegido, ampliándolo, como COLOFÓN del número que me dedica TRIPLOV y como homenaje a quienes saben amar.

funde con lágrimas porque es sin dudas el momento más hermoso de la vida del hombre, que ocurre gracias a que con todo sigue vivo tras que se hayan unido muchos esfuerzos, de conocidos y desconocidos, suyos. De eso hablará más allá de tensiones y malos entendidos del día a día, y no de otra cosa, cuando hable de cariño. Eso bendecirá. A ese río y agua: habrán de entregarse sus cenizas. El agua del río, de unas manos a otras manos, es un lago que hace cauce como transparencia de amor.

# ÍNDICE

Su madre en el medio de la vida
Sus voces interiores como ecos
Una historia que interesara a todos
Dos personas que no diecisiete
*COLOFÓN:*
*EL MEJOR MOMENTO DE LA/MI VIDA:* El agua de río